

PRÓLOGO

Los que me conocen saben de mi amor a La Palma. Los compañeros y amigos soportan mi filia palmera: lo detecto en sus miradas cómplices y resignadas, cada vez que me brindan la oportunidad de hablar de mi Isla. Si el asunto afecta a Mazo - coloquialmente nunca es Villa de Mazo- , sólo los más pacientes resisten la perorata, que inevitablemente se tiñe de nostalgia, de recuerdos infantiles y aventuras juveniles, difíciles de comprender por aquellos que no han compartido o sufrido en carne propia el desarraigo del terruño que les vio nacer y crecer, en un ambiente cargado de dificultades, pero también lleno de cariño, humanidad y esperanzas.

Vivir es arrostrar el futuro, lo sé; pero porqué no disfrutar también con los recuerdos del pasado: ¿acaso eso no es también vivir?. Estoy convencido que lo es. En cualquier caso, resulta difícil hablar de Arqueología sin mirar atrás.

Tras esta confesión inicial, no resulta difícil comprender la satisfacción que me produjo la invitación del Dr. F. Jorge Pais Pais para prologar su libro sobre “El Bando prehispánico de Tegalate-Mazo”. Jorge pertenece al grupo de generosos que siempre me escuchan y conoce mi debilidad palmera. Sabía que no me podía negar, aunque mis credenciales arqueológicas fueran nulas. Por mi parte confieso que escribir estas líneas no me resulta fácil, pues tras el sí eufórico del corazón, llega el prurito reflexivo del no de la razón, consciente de que el tema se escapa a mis conocimientos. Una vez más, tratándose de La Palma y de mi pueblo natal, el corazón pudo con la razón. Clemencia a los críticos que no saben de amor; los que lo conocen saben que este es ciego y su reproche siempre será piadoso.

A Jorge Pais lo conocí hace años, en un curso sobre naturaleza y cultura palmera coorganizado por el Cabildo Insular y el Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de La Laguna. Nada más escucharlo cautivó mi atención con su documentada charla sobre Arqueología de La Palma y de un modo particular por su profundo conocimiento de la idiosincracia y cultura popular insular. Manejaba los datos con el rigor y la naturalidad propia de quien está seguro de sus conocimientos, no por haberlos estudiado en fuentes bibliográficas, sino por haberlos vivido y ser parte activa de la génesis de esas fuentes. Mi impresión la corroboré al día siguiente en una excursión por la geografía insular. Descubrí entonces al arqueólogo de campo, al caminante incansable, que daba nombre a hoyas, lomas, cuevas, montañas, barrancos, cabocos, etc., con la familiaridad y precisión que únicamente posee el que ha dedicado mucho tiempo a recorrerlos. Salpicaba sus comentarios arqueológicos con anécdotas que desvelaban esa profunda experiencia de campo: las dificultades vividas en los derriscaderos costeros; las inolvidables horas compartidas con cabreros solitarios; el desasosiego de senderos impracticables envueltos en la embriagadora aroma de codesos en la cumbre; la incompreensión del propietario o la tozudez del palista que no saben -ni quieren saber- de cabañas, ni

paraderos pastoriles; la emoción contenida del hallazgo de un nuevo petroglifo, ... En resumen, de encantos y desencantos, realidades y deseos, que siempre se describen y saborean mejor en el marco de la naturaleza que entre las frías paredes de un aula.

Estoy seguro que los lectores de este libro sobre el patrimonio arqueológico y los modos de vida de los primitivos benahoritas de Villa de Mazo, compartirán conmigo esta pincelada sobre las características profesionales del autor. Repasar sus páginas equivale a un recorrido exhaustivo por la geografía y prehistoria del municipio, narradas con minuciosa exactitud, especialmente cuando la riqueza arqueológica del territorio así lo demanda.

Nada voy a decir sobre los distintos apartados que componen los capítulos del libro. Todos son interesantes para cuantos quieran conocer mejor la génesis y evolución de la historia del Bando prehispánico de Tígalate-Mazo, que en opinión del autor se ajusta bastante a la actual delimitación del municipio de Villa de Mazo. Sólo reflejar algunas reflexiones personales motivadas por su lectura.

Lamentablemente en muchas ocasiones se descubre la belleza y utilidad de las cosas demasiado tarde; casi cuando se nos escapan o ya no tenemos posibilidad de dedicarles la atención que se merecen. Algo así nos ocurre a los de "ciencias" con la Historia. Se nos presentaba como una materia complementaria, cuando no un estorbo inútil, que mermaba la atención que debíamos prestar a las "fundamentales" matemáticas, física o química, que por sus contenidos científicos más actuales estaban llamadas a resolvernos todos los problemas del futuro. Crasa ignorancia olvidar las enseñanzas del pasado y pensar que las soluciones a los problemas cotidianos siempre están por descubrir de la mano de nuevos planteamientos o tecnologías. Olvidamos que a menudo éstos nos resuelven uno y nos crean dos, y olvidamos también que muchos de los problemas actuales ya los sufrieron generaciones pasadas y los resolvieron con inteligencia, negociando y consensuando discrepancias, como Juguero y Garehagua, juntando y no desuniendo.

Comprendo las dificultades que para los prehistoriadores debe presentar el reconocimiento del Bando de Tígalate-Mazo y sus límites con los contiguos, porque éstos debían ser - y continúan siendo- difusos desde el punto de vista biogeográfico y cultural, hasta el extremo que es posible detectar disyunciones más profundas entre las dos comarcas del cantón de Tígalate, que entre éstas y sus respectivos bandos limítrofes (Tedote y Ahenguareme). *Villa de Mazo comienza en Rosas y termina en Flores*; poético sí, pero resulta que en la delimitación de los territorios siempre hay conflictos, porque además de los límites legales objetivos, hay otros bióticos o culturales más etéreos y subjetivos. Yo reconozco a Mazo con el olfato; más por sus características organolépticas que por sus límites políticos. En serio, cada vez que descendo del avión en el Aeropuerto, reconozco el aire de La Bajita,

de las maltrechas puntas de El Ganado y Libra de pan y, si me esfuerzo, hasta de la cueva de Pablo Concha sepultada por el Aeropuerto en La Caleta de El Palo -que tuvo, sin duda, un gran valor arqueológico-. ¡Cómo no voy a reconocer las calas dónde aprendí a nadar, que para un isleño es tan importante como aprender a caminar! O es acaso posible olvidar los caminos reales de la infancia, recorridos con las incomprensibles prisas del padre y la siempre adorable parsimonia del abuelo, que ponían nombres hasta a las lajas del empedrado del camino e imaginaban ríos o charcos que, con astucia, nos hacían sortear para no llevarnos en brazos. Eso jamás se olvida, y hoy una de mis pasiones favoritas cuando vuelvo a La Palma, es volver a recorrer esos caminos y, saltando como antaño, fabular entre las piedras desgastadas que han resistido al asfalto. Las piedras de las “calzadas de la Iglesia”, por ejemplo, son para mí tan inolvidables como las misas de la Luz o las naranjas que, sin permiso, cogíamos en el trayecto a la tenue luz de la Luna en las claras y frías madrugadas de invierno.

Con algunos pasajes del libro de Jorge he disfrutado tanto como con los recuerdos que ahora acabo de reflejar. Un libro que me ha descubierto el rico patrimonio arqueológico de Villa de Mazo. Una riqueza que jamás imaginé, ya que para mi su interés terminaba en tres localidades: la mítica Cueva de Belmaco, el Roque de los Guerras y Las Goteras. Resulta que, como dicen los maestros *sólo se reconoce lo que previamente se conoce*: en mi ignorancia no podía valorar lo que hasta ahora desconocía. Después de leer el libro nadie debe ignorar la existencia de ese patrimonio, fielmente recogido en la Carta Arqueológica del municipio, y mucho menos las autoridades responsables de la ordenación del territorio. Se justifica la ignorancia, pero no la desidia mal intencionada. Igual que antes reflejaba el gozo, reconozco ahora la rabia que me despertaron los pasajes del libro que narran los expolios y masacres irresponsables de muchos yacimientos, que adquieren el rango de flagrante delito en casos como el relatado para el Roque de los Guerras.

Es el momento de hacer constar el reconocimiento formal que merece la Corporación municipal de Villa de Mazo por el apoyo incondicional que ha ofrecido al proyecto de inventariación arqueológica, del cual este libro forma parte, pero no es menos oportuno recordarle el compromiso que con el mismo adquiere. Resulta doloroso pensar la cantidad de información que ha sido sepultada por las sorribas y nuevos usos del territorio. Eso ya es irrecuperable, como probablemente también sea inevitable el que todavía en el futuro muchos sitios de relativo interés se vean afectados por actuaciones más o menos justificables. Es el precio que debe pagarse por tener un patrimonio arqueológico profuso y disperso. Sin embargo, existen en el municipio media docena de enclaves que exigen serias medidas de protección, porque su interés rebasa el ámbito de lo municipal y constituyen un patrimonio cultural no sólo de los mazucos, sino de todos los palmeros y canarios. El Cabildo Insular y el Gobierno Autónomo tienen por tanto su cuota de responsabilidad. Los diferentes órganos de la Administración competente deben poner los medios adecuados para conseguir una protección eficaz, pero es necesario comprender que

cualquier medida resultaría vana sin la mentalización y colaboración de todos los vecinos del pueblo.

Como universitario, no debo terminar sin reseñar que el libro que ahora prologo encierra entre sus páginas un magnífico trabajo de investigación prehistórica. Como todo trabajo de investigación local, éste es un eslabón más a engarzar en la cadena de estudios más amplios destinados a conocer cada vez mejor las raíces de nuestra cultura canaria. La simbiosis del esfuerzo intelectual del Dr. Jorge Pais y el apoyo decidido de la Corporación municipal de Villa de Mazo lo han hecho posible. Nos permite el que todos estemos mejor informados, pero también por ello nos obliga a ser más responsables. No lo olvidemos.

Santa Cruz de Tenerife, 31 de marzo de 1997

Pedro L. Pérez de Paz
Catedrático de Botánica de la Universidad de La Laguna